

asesino se asieron cuerpo á cuerpo en la oscuridad, lucharon y rodaron la escalera. La detonacion, los gritos y la lucha prolongada atrajeron á los vecinos, á los que pasaban por la calle y á los soldados de una guardia inmediata. Ladmiral se refugió en su habitacion, en donde se hizo fuerte y amenazó hacer fuego á los que intentasen forzar la puerta. Un cerrajero llamado Geffroy despreció aquellas amenazas. Ladmiral tiró sobre este hombre y le hirió gravemente. Cogido y arrojado al suelo por los soldados, el asesino fué conducido á la presencia de Fouquier-Tinville. Respondió que habia querido libertar á su país.

Al mismo tiempo, una jóven de diez y siete años, de aspecto infantil, se presentó en casa de Robespierre pidiendo obstinadamente hablarle. Traia una cestita en la mano, y su edad, su continente, la candidez de su fisonomía, no inspiraron desconfianza á los dueños de la casa. Le hicieron entrar en la antecámara del diputado, en donde esperó mucho tiempo. Por fin, la inmovilidad y la obstinacion de la extranjera despertaron alguna inquietud en las mujeres, que le intimaron que se retirase. Ella insistió en quedarse. «Un hombre público—respondió—debe recibir á cualquier hora á todos los que tengan necesidad de hablarle.» Llamaron á la guardia, prendieron á la desconocida jóven y registraron su cesta. Encontraron algunos vestidos y dos cuchillos pequeños, armas insuficientes para dar la muerte por una mano de niña. Conducida al comité revolucionario de la calle de las Picas, la interrogaron con el aparato y solemnidad de un gran crimen. «¿Por qué habeis ido á casa de Robespierre?»—le preguntaron. «Para ver—respondió ella—cómo era un tirano.» En esta respuesta afectaron ver la confesion de un complot. Implicaron la prision de la jóven con la tentativa de Ladmiral, esparciendo que estaba armada con un puñal por el gobierno inglés. Se habló de un baile de máscaras tenido en Lóndres, en que una mujer, vestida como Carlota Corday y blandiendo un puñal, habia dicho: «Busco á Robespierre». Otros pretendieron que el comité de salud pública habia hecho perecer al amante de esta jóven, y que el asesinato era una represalia de amor. Estas quimeras no tenian fundamento. El asesinato no era más que la imaginacion de una niña que tomaba un sueño por un pensamiento, y que iba á ver si la presencia de un hombre famoso le inspiraba el odio ó el amor; reminiscencia de Carlota Corday, vaga en su objeto é inocente como una puerilidad. Aquella jóven se llamaba Cecilia Renault, y era hija de un papelero de la ciudad. El nombre de Robespierre, repetido continuamente delante de ella por parientes realistas, le habia sugerido una curiosidad mezclada de horror por el hombre del dia. Sus respuestas manifestaban la ingenuidad y el candor del valor. «¿Por qué—le preguntaron—llevábais esos vestidos de mujer?» «Porque esperaba que me pusiesen presa.» «¿Por qué teníais esos dos cuchillos? ¿Queríais herir á Robespierre?» «No; nunca he querido hacer daño á nadie.» «¿Por qué queríais ver á Robespierre?» «Para asegurarme por mis propios ojos si el hombre se parece á la imágen que yo me habia formado de él.» «¿Por qué sois realista?» «Porque quiero más un rey que sesenta tiranos.» La encerraron, así como á Ladmiral, en un calabozo, y todo el artificio de Fouquier-Tinville se empleó en transformar esta niñada en conjuracion y en imaginar cómplices.

## II

La noticia de estas dos tentativas de asesinato hizo estallar en la Convencion y en los Jacobinos una explosion de furor contra los realistas, de embriaguez para los diputados, y de idolatría para Robespierre. Collot-d'Herbois se engrandeció á



Prision de Cecilia Renault en casa de Robespierre.—Pág. 412.

los ojos de sus colegas por el peligro que habia corrido. El puñal parecia que habia señalado por sí mismo al pueblo la importancia de aquellos dos jefes del gobierno escogiéndolos entre los demas. El asesinato burlado fué en todo tiempo la dichosa fortuna de los ambiciosos. Parece que de este modo se convierten en víctimas ó en escudo del pueblo, y que la cuchilla de los enemigos públicos tiene necesidad de atravesar su corazon para llegar hasta el de la patria. Un puñal habia divinizado á Marat; la pistola de Ladmiral ilustró á Collot-d'Herbois, y el cuchillo de Cecilia Renault consagró á Robespierre.

La Convencion recibió á Collot-d'Herbois como el senado envilecido de Roma recibia á los tiranos protegidos por la clemencia de los dioses. Las secciones, cre-



yendo ver en todas partes bandas organizadas de *liberticidas*, tributaron acciones de gracias al genio de la república. Algunos propusieron que se diese una guardia á los miembros del comité de salud pública. El temor de perder la libertad los precipitaba en todos los signos de la servidumbre. El día 6, los Jacobinos se reunieron y se congratularon en un abrazo fraternal, como hombres que se encuentran despues de circunstancias desesperadas. Collot, llevado en brazos de la multitud, dió gracias al cielo por haberle conservado una vida que él queria consagrar solamente á su patria. «Los tiranos—exclamó—quieren deshacerse de nosotros por el asesinato; pero no saben que cuando espira un patriota, los que le sobreviven juran sobre su cadáver la venganza del crimen y la eternidad de la libertad.»

Legendre quiso rescatar su imprudencia cuando la prision de Danton con más servilismo. Removió la mocion de dar una guardia á los miembros del gobierno. Couthon conoció el lazo bajo la adulacion, y respondió que los miembros del comité no querian más guardia que la Providencia Divina que velaba por ellos, y que en caso necesario, los republicanos sabrian morir.

Robespierre compareció el último, subió á la tribuna, y trató en vano de hacerse oír en medio del delirio de entusiasmo y de amor que ahogaba su voz. Lágrimas de enternecimiento arrojaron sus ojos y cortaron sus palabras. En fin, recobró la palabra.

«Soy—dijo en medio de un religioso silencio—uno de los que han sido menos seriamente amenazados. Sin embargo, no puedo dejar de hacer alguna reflexion. Que los defensores de la libertad sean objeto de los puñales de la tiranía es necesario esperarlos. Ya os lo dije: si nosotros descubrimos las conjuraciones, si batimos á los enemigos, seremos asesinados. Lo que habia previsto ha sucedido. Los soldados de los tiranos han mordido el polvo, los traidores han perecido en el cadalso, y los puñales se han afilado contra nosotros. Conozco que es más cómodo asesinarnos que vencer nuestros principios y subyugar á nuestros ejércitos... Me he dicho á mí mismo que cuanto más incierta es la vida de los defensores del pueblo, más se deben apresurar á llenar sus últimos dias de acciones útiles á la libertad. ¡Los crímenes de los tiranos y el hierro de los asesinos me han hecho más libre y más temible á los enemigos del pueblo!...» A estas palabras, en que el vencedor se quiso convertir en mártir y hacerse superior á la muerte por la contemplacion de su gran designio, los corazones estallaron de admiracion, y Robespierre se precipitó en los brazos de los jacobinos. En seguida volvió á la tribuna y combatió con desden la proposicion de Legendre. Aquella mocion le parecia sospechosa de oculta intencion de hacer parecer á los defensores del pueblo á un triunvirato de tiranos. Tanto más triunfaba Robespierre cuanto más se humillaba. El delirio del pueblo le tributó en culto todo lo que su ídolo rehusaba aceptar en majestad.

En la sesion de la Convencion del día siguiente, 7 de Junio, Barere exageró los peligros en dos informes enfáticos. Atribuyó á los gobiernos extranjeros, y sobre todo á Mr. Pitt, el haber suscitado la demencia de Ladmiral y la puerilidad de Cecilia Renault. La Convencion fingió creer en aquellos complots y cubrir la patria entera envolviendo á Robespierre con su egida y su adhesion. Barere concluyó por la proposicion de un decreto atroz que mandaba el asesinato de todos

los prisioneros ingleses ó hanoverianos que fuesen hechos en lo sucesivo por los ejércitos de la república.

Provocado Robespierre por todas las miradas y por todos los gestos, sucedió á Barere. «Esto será—dijo á sus colegas—un buen asunto de conversacion para la posteridad, y es un espectáculo digno de la tierra y del cielo ver á la Asamblea de los representantes del pueblo frances, situada sobre un volcan inextinguible de conspiraciones, con una mano llevar á los piés del Eterno, autor de todas las cosas, los homenajes de un gran pueblo, y con la otra lanzar el rayo sobre los tiranos conjurados en su contra, fundar la primera democracia del mundo, y traer entre los mortales la libertad, la justicia y la virtud desterradas.» A este exordio, que quitó á la Convencion una cuestion individual para transportarla á la altura de una cuestion general, los aplausos interrumpieron por mucho tiempo á Robespierre. No veian en él un hombre, sino la personificacion de la patria. «¡Perecerán,—volvió á decir con voz inspirada,—perecerán los tiranos armados contra el pueblo frances! ¡Perecerán las facciones que se apoyen en las potencias para destruir nuestra libertad! Vosotros no hareis la paz, vosotros la dareis al mundo, y la rehusareis al crimen. Sin duda que ellos no son tan insensatos para creer que la muerte de algunos representantes podria asegurar su triunfo. Si ellos han creido que haciéndonos bajar al sepulcro, el genio de los Brissot, de los Hebert y de los Danton iba á salir triunfante para entregarnos por cuarta vez á la discordia, se engañan.»

A este insulto á la memoria de Danton, un movimiento de descontento se reveló por alguna agitacion en la Montaña. Robespierre se apercibió, y se detuvo. «Cuando hayamos caido sobre sus cuerpos,—continuó con un acento de indiferencia que parecia elevarle por cima de él mismo,—querreis acabar vuestra sublime empresa ó participar de nuestra suerte. Sí,—continúa, suspendiénd el aplauso que estalló con la energía de su voz y de su accion,—sí; no hay uno de vosotros que no quiera venir sobre nuestros sangrientos cuerpos á jurar exterminar á los últimos enemigos del pueblo.» Todos los representantes se levantaron por un movimiento unánime haciendo la accion de jurar. «¡Esperaban—continuó—quitar el aliento al pueblo frances! El pueblo frances vive todavía, y la naturaleza, fiel á la libertad, le promete la abundancia. ¿Qué les queda pues? ¡El asesinato! ¡Esperaban exterminarnos los unos por los otros y por revueltas pagadas! Este proyecto ha abortado. ¿Qué les queda? ¡El asesinato! ¡Han creido postrarnos bajo el esfuerzo de su liga armada, y sobre todo por la traicion! Los traidores tiemblan ó perecen, sus cañones caen en nuestro poder, y sus satélites huyen delante de nosotros. ¿Qué les queda? ¡El asesinato! ¡Han buscado disolver la Convencion por la corrupcion! La Convencion ha castigado á sus cómplices, pero les queda el asesinato. ¡Han tratado de depravar á la república y extinguir entre nosotros los sentimientos generosos de que se compone el amor á la patria y de la libertad desterrando de la república el buen sentido, la virtud y la Divinidad! Hemos proclamado la Divinidad y la inmortalidad del alma, y hemos prescrito la virtud en nombre de la república, pero á ellos les queda el asesinato. ¡Alegrémonos, pues, y demos gracias al cielo, pues que hemos sido dignos del puñal de la tiranía!» La sala se conmovió por las exclamaciones que levantó aquella explosion de magnanimidad antigua. «¡Hay, pues, para nosotros gloriosos peligros que arrostrar! —



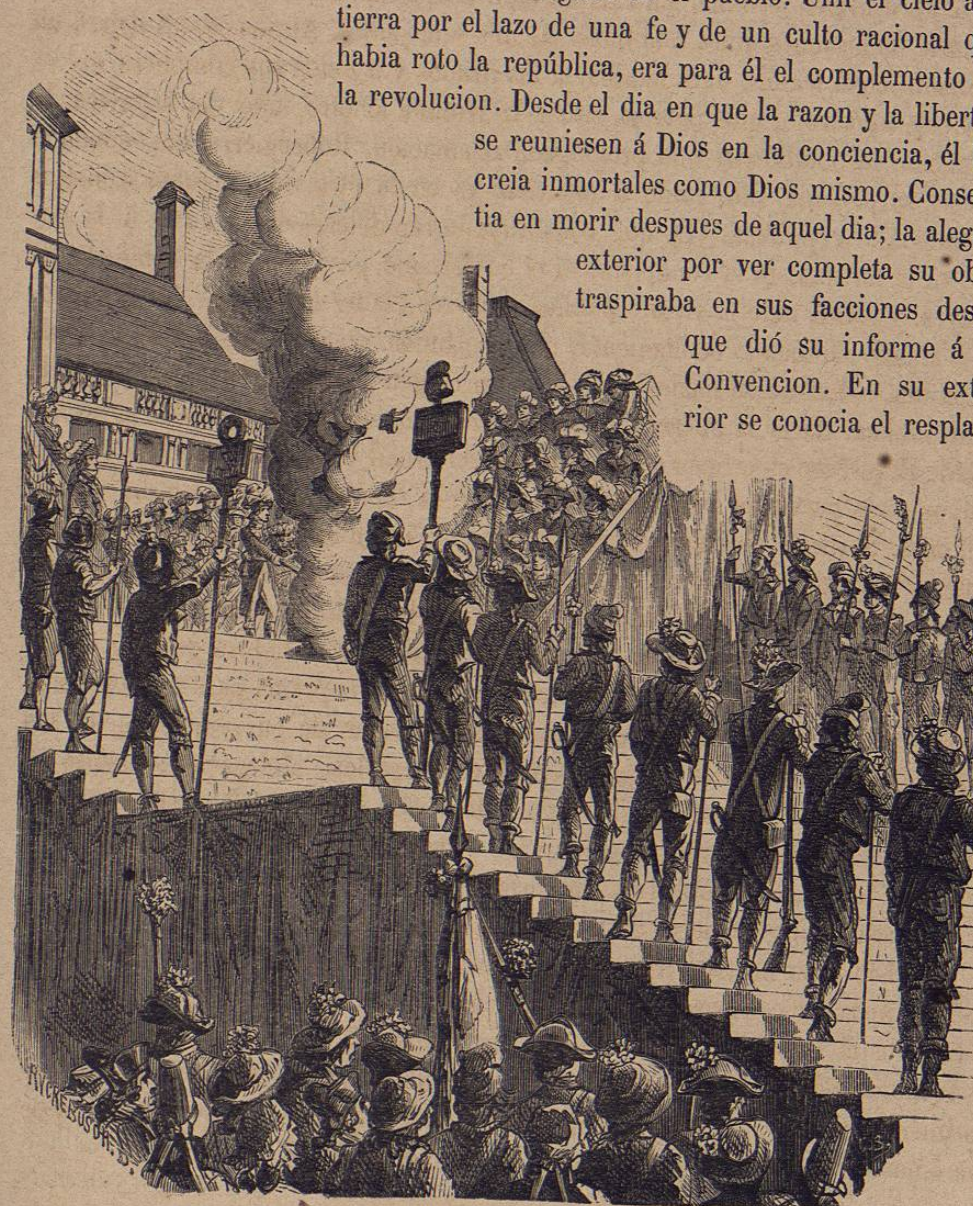
prosiguió.—La ciudad ofrece tantos como el campo de batalla. Nada tenemos que envidiar á nuestros valientes compañeros de armas. ¡Pagamos de mil maneras nuestra deuda con la patria! ¡Oh reyes, no somos nosotros los que nos quejamos del género de guerra que nos haceis! Cuando las potencias de la tierra se ligan para matar á un débil individuo, sin duda no debe obstinarse en vivir. Así es que no ha entrado en nuestros cálculos la ventaja de vivir mucho tiempo. No ha sido para vivir por lo que se declara la guerra á todos los tiranos y á todos los vicios. ¿Qué hombre ha defendido impunemente sobre la tierra á la humanidad?... Rodeado de sus asesinos,—continuó Robespierre con voz más solemne,—me he situado en el nuevo órden de cosas adonde me quieren enviar. No aprecio esta vida pasajera sino por amor de la patria y por la sed de justicia, y desprendido más que nunca de toda consideracion personal, me siento mejor dispuesto á atacar con energía á todos los malvados que conspiran contra el género humano. Cuanto más se apresuren á terminar mi carrera aquí abajo, tanto más quiero apresurarme á llenarla de acciones útiles á la dicha de mis semejantes. Al ménos, les dejaré un testamento cuya lectura hará temblar á los tiranos y á todos sus cómplices.»

A este apóstrofe, que parecia situar la tribuna al otro lado del sepulcro, la Convencion respondió por una prolongada aclamacion. Robespierre, abandonando entónces su persona, dió, como si estuviese ya en la otra vida, algunos consejos supremos á la república. «Lo que constituye la república—dijo—no es ni la victoria, ni la fortuna, ni la conquista, ni el entusiasmo pasajero; es la sabiduría de las leyes, y sobre todo la virtud pública. ¿Quereis saber cuáles son los ambiciosos?—añadió aludiendo ocultamente, pero dejándolo conocer, á sus enemigos de los comités.—Examinad cuáles son los que protegen á los pícaros y corrompen la moral pública. Hacer la guerra al crimen es el camino del sepulcro y de la inmortalidad. Favorecer el crimen es el camino del trono y del cadalso. (*Aplausos*). Algunos séres perversos han conseguido sumir la república y la razon del pueblo en el caos. Se trata de volver á crear la armonía del mundo moral y del mundo político.» Esta definicion de la revolucion fué acogida en todos los bancos por un asentimiento unánime. «Si Francia se hubiera gobernado durante algunos meses por una legislacion extraviada ó corrompida, la libertad se habria perdido.» Esta insinuacion clara de la necesidad de una magistratura suprema para regularizar la Convencion atrajo á Robespierre las miradas irritadas de sus enemigos. El los despreció. «Diciendo estas cosas,—repuso con orgullosa abnegacion,—aguzo en contra mia puñales, y por esto las digo. ¡He vivido bastante! He visto al pueblo frances lanzarse del seno de la corrupcion y de la servidumbre á la senda de la gloria y de la virtud republicana. He visto sus cadenas rotas, y los tronos culpables que pesan sobre la tierra destruidos ó quebrantados bajo sus triunfantes manos. He visto más: he visto una asamblea, investida de todo el poder de la nacion francesa, marchar con paso rápido y firme hácia la felicidad pública, dar el ejemplo de todo el valor y de todas las virtudes. ¡Acabad, ciudadanos, acabad vuestros sublimes destinos! Vosotros nos habeis situado en la vanguardia para sostener el primer esfuerzo de los enemigos de la humanidad. ¡Merecemos este honor, y os trazaremos con nuestra sangre la senda de la inmortalidad!»

## III

Semejantes palabras tal vez no habian resonado en ninguna asamblea deliberante. Era la política elevada á la altura del tipo religioso del filósofo, el heroísmo en la elocuencia y la muerte en el apostolado. La Convencion dispuso que aquel discurso se imprimiese en todas las lenguas, para que preparase á los espíritus á la solemnidad del dia siguiente. El ridículo, que todo lo aja en Francia, se vió obligado á aparentar el entusiasmo ante doctrinas que se atrevian á despreciar la muerte y atestiguar con Dios.

Robespierre esperaba aquel dia con la impaciencia de un hombre que concibe un gran designio, y que teme que la muerte se lo impida ántes de haberlo cumplido. De todas las misiones que creia sentir en él, la más alta y la más santa á sus ojos era la regeneracion del sentimiento religioso en el pueblo. Unir el cielo á la tierra por el lazo de una fe y de un culto racional que habia roto la república, era para él el complemento de la revolucion. Desde el dia en que la razon y la libertad se reuniesen á Dios en la conciencia, él la creia inmortales como Dios mismo. Consentia en morir despues de aquel dia; la alegría exterior por ver completa su obra traspiraba en sus facciones desde que dió su informe á la Convencion. En su exterior se conocia el resplan-



Fiesta del Sér Supremo. Robespierre da fuego al grupo del Ateísmo.—Pág. 420.